

Del plebiscito a la paz:
de la paz a la democracia ampliada

Del plebiscito a la paz: de la paz a la democracia ampliada

Versión xxv
Cátedra Democracia y Ciudadanía

Ricardo García Duarte
Jaime Andrés Wilches Tinjacá
Compiladores



CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA



UD
Editorial



**CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA**

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano
(Ipazud)
© Ricardo García Duarte, Jaime Andrés Wilches Tinjacá

Primera edición, diciembre de 2018
ISBN: 978-958-787-042-8

Dirección Sección de Publicaciones
Rubén Eliécer Carvajalino C.

Coordinación editorial
Nathalie De la Cuadra N.

Corrección de estilo
Ella Suárez
Diagramación
Diego Abello Rico

Imagen de cubierta
Jhon Erick Zabala

Editorial UD
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 No. 34-37
Teléfono: 3239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Wilches Tinjacá, Jaime Andrés.

Del plebiscito a la paz: de la paz a la democracia ampliada / Jaime Andrés Wilches Tinjacá, Ricardo García Duarte.
-- Bogotá: Editorial Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2018.

208 páginas; 24 cm.

ISBN 978-958-787-042-8

1. Acuerdos de paz - Colombia 2. Plebiscito - Paz - Colombia 3. Proceso de paz - Colombia 4. Conflicto armado colombiano. I. García Duarte, Ricardo, autor II. Tít. 303.6609861 cd 22 ed.

A1620642

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Todos los derechos reservados.

Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital.

Hecho en Colombia

Contenido

Introducción. Plebiscito fallido, polarización acentuada, ciudadanía inmovilizada	9
<i>Jaime Andrés Wilches Tinjacá</i>	
Conflicto armado, negociación y construcción de paz	19
<i>Ricardo García Duarte</i>	
Participación política en los acuerdos de paz: de la paz a la democracia completa	33
<i>Juan Fernando Londoño O.</i>	
Elementos para la participación de la sociedad civil en el logro de la paz duradera y estable: “De la paz a la democracia ampliada”	55
<i>Luis Emil Sanabria</i>	
Jurisdicción para la Paz y sus principios: el reto de la reconciliación en Colombia	73
<i>Francisco Barbosa</i>	
Educación, justicia y orden social: una mirada histórica a los retos de la justicia transicional en el posacuerdo	93
<i>Juan Carlos Sánchez Sierra</i>	
Territorio y poder: de la paz territorial a los territorios de paz	111
<i>José Jairo González Arias</i>	
Fin de viejas guerras, comienzo de nuevos conflictos territoriales: el caso del municipio de Cota, Cundinamarca	125
<i>Rosa Liliana Ardila Rodríguez</i>	
<i>Laura Angélica Parra Santamaría</i>	

Pactar, en lugar de ser pactadas: el rol de las mujeres en la construcción de paz y escenarios de reconciliación	149
<i>María Camila Cuello Saumeth</i> <i>Lizeth Nataly González Guaje</i>	
La paz como superación de las políticas de la violencia perpetua	163
<i>Iván Ramón Rodríguez Benavides</i>	
El papel de la Organización de los Estados Americanos en la desmovilización paramilitar en Colombia: lecciones para el posacuerdo	175
<i>Hugo Fernando Guerrero Sierra</i> <i>Paula Daniela Moncada Gaitán</i>	
El lugar de la tecnología en la construcción de paz y democracia ampliada	187
<i>Ignacio Caro</i>	
Universidad: saberes de vida en el posconflicto	199
<i>Borys Bustamante Bohórquez</i>	

Introducción

Plebiscito fallido, polarización acentuada, ciudadanía inmovilizada

Jaime Andrés Wilches Tinjacá

Los colombianos tenemos el defecto de celebrar las victorias sin haberlas conseguido. Lejano, pero incómodo, el recuerdo del Mundial de Fútbol de 1994, cuando en medio de un país en caos, la selección Colombia comandada por el 'Pibe' Valderrama nos ilusionó a todos como nación, hasta el punto de llegar a creer en las palabras del mejor jugador de la historia (Pelé), quien afirmaba que podíamos llegar a ser campeones del mundo (Puche, 2014). La expectativa superó la realidad y, en menos de quince días, regresábamos a casa, con las maletas vacías y, días después, vivimos la dolorosa muerte de Andrés Escobar, integrante de la selección, quien murió en una absurda riña por la intolerancia de un individuo acostumbrado a resolver sus conflictos por vía de la violencia física.

Dos décadas después de aquel suceso, parece que no hubiéramos aprendido. En 2016, por fin se celebraba el acuerdo final para la terminación del conflicto entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Después de cuatro años de intensas negociaciones, una luz en el camino parecía iluminar las décadas de oscuros procesos fallidos. Semejante logro ameritaba cautela, trabajo silencioso y preparación de los escenarios a

* Candidato a Doctor en Comunicación de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, España. Politólogo con grado de honor y magíster en Estudios Políticos de la Universidad Nacional de Colombia. Comunicador Social y Periodista de la Universidad Central, Colombia.

futuro, fiel al estilo del jefe negociador, Humberto de La Calle Lombana. Pero no ocurrió así. En un acto de vanidad política y angustia por quedar como el héroe de los libros de historia, el presidente Santos, contrario a ratificar los acuerdos, vía Congreso de la República y Corte Constitucional, se sintió en una mesa de póker y decidió apostar el esfuerzo de una mesa de negociación por unas cuantas monedas de popularidad o de legitimidad, frente a su antiguo amigo y hoy feroz opositor, Álvaro Uribe Vélez.

El plebiscito fue la partida. Sin medir las consecuencias del país real y embelesados por la euforia de las redes sociales, con algunas distancias en el estilo de Santos, pero seguros de la importancia del momento histórico, gran parte de las personas que apoyaron (apoyamos) el proceso de paz nos sumergimos en una campaña, embriagados por el exitismo y el exceso de confianza en el sentido común de un país que debía decir no más a tantos años de guerra y exclusión social, política y económica. Era un contrasentido decirle “No” a la paz, y parecía solo cuestión de tiempo esperar a que la fiesta empezara después de las 4:00 p. m. del 2 de octubre de 2016, cuando se cerraban las urnas que preguntaban a la sociedad colombiana su apoyo o no a los acuerdos firmados en La Habana, Cuba.

Esta euforia motivó la propuesta que hicieron los compiladores de esta obra, cuando se planeó en el segundo semestre de 2016 la versión xxv de la Cátedra Democracia y Ciudadanía. Se consideró que se abría la puerta para la democracia ampliada, para la clásica frase acuñada por investigadores y analistas “Pasar de los votos a las balas”. Pero se entendió que esa democracia ampliada no solo involucraba a los actores armados del conflicto, sino que también abría la puerta a otros actores que durante muchos años votaron impulsados por el miedo, la convicción o la conveniencia. La propuesta presentada a la Universidad Distrital nos desbordó en optimismo, y recordando la Constitución de 1991, se pensó que esta era una época menos convulsionada, para apuntarle al sueño de una democracia más allá de las jornadas electorales.

El contrasentido triunfó. Una vez más, el balde de agua fría. El fatídico autogol de Andrés Escobar contra Estados Unidos en el Mundial de 1994 se repetía como película que se niega a finalizar. Colombia volvía a fracasar como Nación. Los votos del “No”, muchos manipulados y desinformados, pero también muchos producto de un país que enseñó a sus ciudadanos a resolver su vida en el ámbito privado, a tener escepticismo frente a la construcción de democracias deliberativas, a mirar de reojo las oportunidades de reconciliación, cuando hace treinta años en el mismo escenario, miles de líderes que formaron la paz, fueron asesinados por el silencio cómplice del establecimiento y de fuerzas oscuras en la sociedad civil. De nuevo, el miedo, el individualismo y la rabia contenida florecieron y ello puso en vilo las posibilidades de pensarnos más allá de la guerra o, mejor decirlo, a dejar de excusar en el conflicto nuestras fallas como país. De nuevo, líderes sociales asesinados, reprimidos y ocultados en el silencio de la

justificación o del inevitable costo de la guerra. De nuevo, todos a encerrarse en la casa, invadidos de miedo y frustración.

Para algunos fue sorprendente, para otros analistas más agudos apenas predecible que los líderes de las Farc no se retractaran y, por el contrario, se mostrarán dispuestos a continuar con el proceso de paz. No se trató de un acto de generosidad, sino del lógico desgaste de una guerra infructuosa donde no lograron su objetivo central: tomarse el poder o impulsar una reforma agraria. El presidente Santos quiso demostrar un perfil de estadista que ya se veía y se percibía artificial. Hizo lo que tenía que hacer desde el principio: refrendar el acuerdo en el poder Legislativo y Judicial, sin asumir los costos que dejó su acto de egocentrismo electoral, que muchos no quisimos ver estaba condenado al fracaso. Uribe, por su parte, logró su objetivo: mantener su agenda de odio, resentimiento y privilegios económicos al sector terrateniente, ganadero y clientelista que representa, y hacer de las Farc y el espejo de Venezuela, un tema tan poderoso que es capaz de ocultar las prácticas de corrupción, pésima calidad educativa, violencia social y precarización de lo público, que invaden a este país. En palabras de González (2017):

Los equipos del “Sí” debieron desmentir la copiosa falsa información que aparecía sin cesar en las redes sociales, lo cual provocó un desgaste monumental. Pese a que el gobierno desarrolló una pedagogía para explicar los acuerdos, el resultado del “No” pareció demostrar que la campaña no fue tan efectiva (p. 123) [...] Pero, más allá del contenido de los argumentos, resultó más fácil traducir al lenguaje de las redes sociales la simplicidad de los argumentos opositores que las complejas razones del oficialismo. En ese marco, la “entrega del país a las Farc”, el “peligro del socialismo del siglo XXI” y la “ideología de género” pesaron más que los esfuerzos, que implicaban argumentaciones más complejas, de los defensores del “Sí”. La propia temática de la paz se mezcló con cuestiones políticas más inmediatas (como la disputa entre Santos y el uribismo) y las redes sociales —ampliamente movilizadas en favor del “Sí” y del “No”— mostraron su ambivalencia. (p. 126)

Al final, los sujetos que controlan la agenda mediática y pública ganaron. Santos ganó un Premio Nobel de Paz y el reconocimiento que le dará al parecer un cargo de primer nivel en la Organización de las Naciones Unidas. Las Farc ganaron espacios de participación política y pocos cuestionamientos sobre sus recursos económicos. Uribe ganó la visibilidad de sus discípulos, en la mayoría carentes de discurso y fiel a “la disciplina de perros” que se imponen desde su afiliación partidista, el Centro Democrático. Los sectores económicos poderosos ganaron una reforma tributaria que tocó el bolsillo de las clases medias y bajas; pero mantuvo sus privilegios, con la constante amenaza a la confianza inversionista. Ganaron los grupos armados al margen de la ley, que imponen el terror y el control territorial en zonas donde la paz todavía es un discurso que lejos está de llegar a la implementación. Ganaron los contratistas de la guerra,

que todavía tienen recursos y discurso para inundar de paranoia y desconfianza a las instituciones estatales que imponen las balas y los halcones por encima de los lápices y las palomas.

En contraste, perdimos como sociedad. La polarización política nos sumergió en lo que Valencia (2016) denomina una sociedad que persiste en la *memoria selectiva*. La división no es entre izquierda y derecha, sino entre un cincuenta por ciento de ciudadanos que votan, muchos de ellos impulsados por la necesidad de mantener sus puestos en el ente estatal que controla su padrino político, y otro cincuenta por ciento de ciudadanos que se abstienen de votar, pues ante la ausencia de educación, movilidad, vivienda, salud, espacios culturales, se acostumbraron a resolver sus problemas en la dimensión privada (legal o ilegal). La protesta social, que históricamente en Colombia ha sido débil y fragmentada, ahora se ha trasladado a un escenario de redes sociales con las mismas características de la polarización en la vida real, es decir, una porción de ciudadanos usuarios de redes sociales que vociferan ofensas e insultos a quien piense diferente, y otra porción de individuos que poco o nada participa del mundo digital, y si tiene alguna herramienta, la utilizan para un espacio de ocio.

Y para hacer aún más complejo el contraste, quedaron en medio de la polarización entre egocentrismos e indiferencia conformista el sector de la sociedad que ha sido víctima directa del conflicto armado. Aquel que no aguanta más documentos y recomendaciones sobre espacios de verdad, justicia, reparación y reconciliación. Pocos piensan en estas mujeres, estos hombres y estos niños que no tuvieron la oportunidad de reivindicar sus historias con el ascenso económico y reconocimiento social que otros individuos sí pudieron alcanzar en las grandes urbes. Esas víctimas ven lejos, muy lejos, el sueño de esa democracia ampliada; por el contrario, tienen temor de ver cómo se hacen aún más restrictivas las posibilidades de construir otro tipo de país, sin que esté invadido por el complejo de Adán y Eva, propio de los dirigentes políticos: “Crear que nada está hecho y todo está por construirse”.

Sin duda alguna, un panorama amargo, aunque siempre con una ventana para la esperanza. Bernardo Congote, en medio del golpe de realidad que dejaba los resultados del Plebiscito, afirmaba que hace veinte años el resultado hubiera podido ser peor y que, por lo menos, en esta ocasión estuvimos cerca de igualar a las fuerzas reaccionarias y contrarreformistas que insisten en estancar al país en los valores de la familia, la tradición y la propiedad —valores aceptables, pero que en las prácticas extremistas se traducen en imposición vía violenta, represiva y poco deliberadora, de la estructura axiológica que nos debe orientar como sociedad—. En el mundo político despuntan figuras renovadoras con otro *chip* insertado, y aun cuando minoritarias, con mucha fuerza y constancia, para no desaparecer del debate público y llamar la atención respecto a

otros temas diferentes a las Farc, es decir, la corrupción, la desnutrición infantil, la violencia de género, la igualdad de oportunidades, el desarrollo territorial, el apoyo al deporte, entre otros temas.

Son flores en medio del fango que cubren la realidad política y la incertidumbre de un proceso de paz que Santos dejó a medias y dependiendo de los caprichos personales de su sucesor. Sin embargo, hay que creer en esas flores y cultivarlas con mucho cuidado de que lleguen a ser pisadas por la discusión acalorada que se avecina en los próximos años, y donde el centro de atención será para los defensores del *statu quo*, la legitimidad o no de las Farc; mientras que los sectores progresistas de centro y de izquierda tendrán que movilizar a la ciudadanía para que hagan veeduría a los temas que no dependen directamente de los grupos armados ilegales, y que son más graves, al involucrar a responsables del erario. Por supuesto, esto va más allá de las redes sociales e involucrará otras estrategias de presión y protesta social, para que el escándalo no sea producto de una tendencia digital, sino del clamor de una reivindicación nacional de largo plazo y atenta a no desfallecer ante el primer tropiezo.

Por esa razón, una de las soluciones para que la democracia ampliada sea una realidad y no un sueño de un sector activista e ingenuo de la sociedad se orienta a una palabra reiterativa, pero poco comprendida en Colombia: “la educación”, lo cual significa tener la capacidad de pasar de la denuncia la educación y la capacidad de pasar de la denuncia a la crítica transformadora. Educación no pensada únicamente en los currículos y estándares de formación que se exigen desde las oficinas del Ministerio de Educación, sino en términos de Nussbaum (2016):

[...] una política de la reconciliación también debe preocuparse profundamente por la forma de la educación. A todos los niveles, desde la escuela primaria hasta la educación superior, un compromiso con el fortalecimiento de los valores humanos necesita abarcar tanto el currículo y la pedagogía, dando a los jóvenes la capacidad del pensamiento crítico y la argumentación respetuosa, impartiendo entendimiento de un amplio rango de perspectivas sociales e históricas y también de cultivar la capacidad de imaginar estas perspectivas desde dentro, a través del compromiso con las obras de arte, la literatura y la música. El estudio de la filosofía, la literatura y las artes no es inútil: es de importancia urgente, puesto que todas las personas, cualquiera que sea su trabajo futuro, serán ciudadanos, responsables por el futuro del pacto social. (p. 19)

Nuestros líderes políticos están acostumbrados a no responder o a evadir las preguntas que se les plantean, con tal grado de impunidad que han llegado a ser exitosos y ocupar puestos influyentes en los aparatos del Estado. Cuando preguntamos por el asesinato de líderes sociales, los sobrecostos en desayunos escolares o la caída de un puente, las respuestas siempre se enmarcan en decir: 1) siguiente pregunta o 2) es una pregunta que será respondida por un comité de expertos luego de una exhaustiva investigación.

Pero en el otro extremo están aquellos osados que responden sin tapujos no solo las preguntas, sino se atreven a plantear sendas críticas al *statu quo*. Estos personajes son aplaudidos de manera efímera, pues la euforia social no es suficiente para rodearlos de la protección que necesitan los que buscan marcar diferencia en medio del imperio de la normalidad. Por esa razón, terminan asesinados o, peor aún, condenados al olvido. Están los Guadalupe Salcedo, los Jaime Garzón, las Yolanda Izquierdo... Y la lista, de manera desafortunada, continúa.

Entre el dilema de acomodarse a la diplomacia exitosa del silencio o la arriesgada e ingrata aventura de la crítica, se debate la vida diaria de los que quieren apostarle a otro país. En este sentido, la publicación de las memorias de la Cátedra Democracia y Ciudadanía responde al interés del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano de la Universidad Distrital (Ipazud) de contribuir a la formación integral, más allá del acomodado discurso de formar personas y después profesionales. Es una frase con una poderosa carga axiológica, pero que queda en promesa de campaña política, si no se alimenta de las acciones que la deben sustentar. Por eso, la formación integral debe empezar por las personas que están teniendo la oportunidad de estar en un aula de clase, y con un mensaje que transmita capacidad de tolerancia ante el fracaso, creatividad cuando los caminos de la burocracia y el “No” cierren las salidas. Y, sobre todo, la idea de entender que la pasión no significa emoción irracional, sino sensatez para encontrar las razones por las cuales se debe seguir apostando a entender la paradoja del país al que nos vemos enfrentado.

La crisis por la que pasa el proceso de paz reside en las profecías apocalípticas, en la ausencia de espacios de discusión o en los celos políticos que están obsesionados por figurar en los libros de historia. La crisis no es de la paz; es de una sociedad que tiene miedo de saltar al vacío de las posibilidades (Saidiza y Carvajal, 2017). Esto se vio reflejado en el Plebiscito por la Paz: un hecho histórico que perdimos, porque faltó liderazgo de distintos sectores sociales para mediar en un proceso que no se reducía a la favorabilidad de un sector político. Se trataba de seguir discutiendo mientras se solucionaba lo básico: nuestra intolerancia al otro. No pudimos y fallamos. Esto hace que no solo nos preguntemos por la paz, sino por los otros procesos que, sin la mediatización del Plebiscito, sufren el prejuicio y la paranoia.

No basta reconocer, sino hacer. El ejercicio que hace semestralmente la Cátedra de Democracia y Ciudadanía reside en la acción a través del diálogo razonado, el debate argumentado y las posturas transformadoras que se presentan en este libro, en doce textos y quince autores que han participado en esta obra que hoy se presenta, con el ánimo de aportar a la discusión que cada uno quiera realizar, desde el deber y responsabilidad ciudadana que Kant tradujo en su célebre trabajo sobre la mayoría de edad. Ya no se trata de un asunto que se deja

a las futuras generaciones; tampoco de estancarnos en el todo tiempo pasado fue mejor. La oportunidad es ahora, y así como hace treinta años una generación de jóvenes le respondió al país con el movimiento de la Séptima Papeleta y la Constitución de 1991, hoy es un reto para estas nuevas generaciones que asisten a un momento histórico clave, y con la ventaja-desventaja de un mundo más conectado por las tecnologías de la información: lograr que la paz no sea solo el silencio de los fusiles o el peligro a perder privilegios, sino que es una oportunidad para escuchar las voces de la exclusión.

Responsables de las consecuencias del exitismo que ciega a la sociedad colombiana y relaja a los sectores intelectuales, se debe asumir que no se puede bajar la guardia y esperar a que un líder venga a resolver los problemas. Pasa con el fútbol, con la economía y ahora con las posibilidades de la paz y una democracia ampliada.

Los autores y sus perspectivas

El libro comienza con el texto de Ricardo García Duarte, rector de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y que en el momento de la realización de la Cátedra era director del Ipazud. En su intervención, el autor resalta que, pese a las dificultades en el proceso de negociación, es un avance histórico desmovilizar a las Farc como un factor no exclusivo, pero sí influyente en la degradación del conflicto. García Duarte reconoce el camino complejo que se avizora, pero propone el fortalecimiento de las instituciones y un enfoque de paz territorial, como una de las estrategias que enderezarán el rumbo del posacuerdo.

En el segundo capítulo, Juan Fernando Londoño hace un análisis riguroso de cada uno de los puntos contenidos en el acuerdo final, en relación con el punto 2 de "Participación política". El texto deja claro que lo firmado va más allá de la asignación de curules en el Congreso a las Farc y que dicha visión restrictiva de la democracia les quita espacio y comprensión a otros elementos importantes, como la participación de las comunidades víctimas del conflicto, apertura de espacio para el debate público y necesidad de fortalecer el ejercicio de la oposición política.

Sin tener la intención directa de un ejercicio de complementar el planteamiento de Londoño, el trabajo de Luis Emil Sanabria da cuenta de su amplia trayectoria en iniciativas sociales y civiles por la paz, lo que se traduce en una hoja de ruta que llama la atención por trabajar en la participación de las comunidades y las prácticas de democracia ampliada, mucho antes de comenzar las negociaciones entre el Gobierno de Santos y las Farc. En este sentido, se puede decir que el camino se ha construido y falta la voluntad política y solidaridad social para buscar los puentes que entrelacen las experiencias vividas.

Las posibilidades de la política no pueden desatender las discusiones jurídicas y la necesidad de crear entornos de confianza con procesos de verdad, justicia y reparación. Este es el objetivo de Francisco Barbosa en un documento que, desde la perspectiva de casos comparados en Colombia, Latinoamérica y Europa, señala los límites y retos que se deben atender, si es que se quiere lograr que el equilibrio entre perdón-reconciliación-verdad acerquen a una sociedad escéptica que ve en la paz un escenario de impunidad.

Esta visión es compartida desde la perspectiva de Juan Carlos Sánchez Sierra, quien identifica en su investigación los reparos y resistencias de los mecanismos de justicia transicional, para lo cual propone una estrategia pedagógica que genere apropiación e interiorización, no solo desde la sensibilización a la necesidad de este tipo de mecanismos, sino desde la conceptualización y sustentos sociojurídicos que respaldan la implementación de este mecanismo de justicia, como una forma de enfrentar las consecuencias del conflicto armado y evitar la reproducción de la exclusión política y la anomia social.

Como podrá identificar el lector, el objetivo del libro es encadenar los aportes de cada autor, de modo que se perciba un diálogo de saberes y no una intervención autista de disciplinas. Este propósito se revalida con la tesis de José Jairo González Arias, quien, en su vasta experiencia con los procesos comunitarios en el sur del país, resalta la especificidad de cada territorio y la necesidad de evitar políticas públicas centralistas que desconozcan las historias, los procesos identitarios y las cotidianidades de un país tan diverso como Colombia.

Esta diversidad es retratada por Rosa Liliana Ardila y Laura Angélica Parra Santamaría, quienes, en el caso del municipio de Cota, Cundinamarca, lograron identificar un fenómeno de neolitización de lo rural y de exclusiones socioeconómicas sofisticadas e implícitas, al no ejercer la violencia de manera directa, pero sin perder las prácticas históricas de sectores minoritarios que ven la tierra no como un factor de producción, sino como un artilugio de acumulación y privilegio social.

En relación con las exclusiones, María Camila Cuello Saumeth y Lizeth Nataly González Guaje llaman la atención sobre el papel de las mujeres en la construcción de paz y su participación minoritaria pero decisiva en la mesa de negociaciones en La Habana, Cuba, en una guerra decidida por los hombres y donde las mujeres sufrieron de la instrumentalización o subordinación. Con la frase “Pactar, en lugar de ser pactadas”, las investigadoras hacen hincapié en la necesidad que tienen las mujeres de empoderarse en cada uno de los ámbitos profesionales y sociales donde se desempeñan, para lo cual hacen mención de distintas mujeres que generan escenarios de paz y convivencia, desde el deporte, la cultura o la ciencia.

La diferenciación entre sujetos y sus capacidades evitan, de acuerdo con el escrito de Iván Rodríguez Benavides, la reproducción de prácticas totalitarias en Colombia, disfrazadas en la estabilidad de las instituciones democráticas, pero que se potencian en el control ideológico de sectores influyentes como la iglesia, la escuela o los partidos políticos.

Frente al dominio de las instituciones tradicionales en Colombia, la comunidad internacional es un contrapeso político y jurídico. No obstante, el capítulo de Hugo Fernando Guerrero Sierra y Paula Daniela Moncada Gaitán critica cómo la intervención de la Organización de Estados Americanos en la desmovilización de los paramilitares quiso ser tergiversada por los intereses políticos de la época (2002-2010). Los autores advierten de estos peligros en el posacuerdo y las obstrucciones al rol de la comunidad internacional en esta etapa.

En el cierre, se retoma la idea de la educación como potencial transformador con orientación a la democracia ampliada. Ignacio Caro presenta cómo esa capacidad de cambio tiene lugar en las bibliotecas y en el uso pedagógico de las tecnologías de la información, como espacio y herramienta donde se permite pensar desde la otredad y el respeto al pensamiento diverso.

Para finalizar, Borys Bustamante reflexiona sobre la oportunidad de la Universidad Distrital para aportar desde la formación integral a la proyección de profesionales sensibles a las nuevas realidades del país, y con el acento puesto en los problemas de una ciudad que, en el caso de Bogotá, ya no podrá ser indolente frente al conflicto armado.

Bibliografía

- González, M. F. (2017). La “posverdad” en el plebiscito por la paz en Colombia. *Nueva Sociedad*, (269), 114-126.
- Nussbaum, M. (2016). Una carta para el pueblo colombiano. En E. Rueda, S. Alvarado y P. Gentili (Eds.), *Paz en Colombia: Perspectivas, desafíos, opciones* (pp. 17-19). Buenos Aires: Clacso.
- Puche, C. (2014). *Memorias de la emotividad* (tesis de pregrado), Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Saidiza Peñuela, H. y Carvajal Martínez, J. (2017). “Nuevas” lógicas autoritarias y crisis del Estado de Derecho en Colombia. *Verba Luris*, (35), 13-39.
- Valencia, J. (2016). La persistencia de la memoria selectiva en la sociedad colombiana: ¿Qué papel cumplen los medios de comunicación en este resurgimiento histórico? *e-ikon*, 3(3), 24-28.

Capítulo 1

Conflicto armado, negociación y construcción de paz

*Ricardo García Duarte**

Embarcado durante los últimos cinco años en la finalización de un prolongado conflicto armado, el país terminó por sellar un acuerdo que, además de acabar con la guerra, dejó establecidas unas reformas sociales y políticas, para el progreso de la nación; además, un aparato jurisdiccional para poner en marcha la justicia transicional, esa que permite el paso de los insurgentes de la acción violenta a la participación legal en la política, un paso que se da dentro de un intercambio de justicia moderada (no de impunidad total) por el abandono de las armas.

En esas circunstancias, la negociación que culminó en dicho acuerdo ha reunido tres rasgos sobresalientes: uno, ha puesto fin a una guerra, pues ha dado término a la violencia como metodología del enfrentamiento político. Dos, ha resultado una negociación de carácter innovador, en lo que corresponde a los procedimientos con los que se viabiliza ese paso de la guerra a la paz, al poner en pie un aparato sofisticado de orden jurisdiccional para integrar justicia, paz, verdad y reivindicación de las víctimas. Y tres, ha asumido un carácter transformador, al incorporar reformas sociales y políticas, algo que permite avances en el Estado y en la sociedad.

* Rector de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Estas líneas de acción, incluidas en la negociación, comprometen a los dos actores principales, más allá de la firma del Acuerdo, en un esfuerzo mutuo por construir el llamado posconflicto, al objeto de que la paz afiance su impulso transformador. Ello, por cierto, va a mantener vivas las tensiones dentro del mundillo político, entre los sectores que se vincularon al Acuerdo y lo sacaron adelante, por un lado, y los que se han opuesto visceralmente a este, con el argumento de que su vigencia equivale a la impunidad, por otro.

En tales condiciones, la suerte del Acuerdo de Paz estará en el centro de las contradicciones entre los dos bloques más reconocidos de las élites: el santismo y el uribismo; además de la intervención del bloque de las distintas franjas de izquierda, las cuales se inclinan mayoritariamente por defender la solución política en los conflictos armados.

Lo que está en juego es entonces la posibilidad de salvar el Acuerdo, en medio de los escollos emergentes en las disputas electorales. Un retroceso en este sentido sería un golpe a la negociación, como posibilidad de desarrollo social, y un enrarecimiento de los procesos políticos y del debate público.

Los actores del conflicto armado

Durante 52 años —nada más ni nada menos— se enfrentaron los guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc) y el Estado colombiano. Los primeros constituyeron una guerrilla de orientación comunista y de bases campesinas. El segundo, durante 33 años, organizó su régimen bajo la forma de una coalición en el poder de los dos partidos tradicionales, herencia del siglo XIX, y forma de organización de las élites políticas, tanto las de rai-gambre latifundista como las asociadas con la industria, el comercio y con los estamentos profesionales. De cualquier manera, todas ellas han estado unidas en el propósito de adelantar reformas sociales muy lentas y fragmentadas; y en el de aplicar el régimen de excepción (el llamado *estado de sitio*) para enfrentar los problemas del orden público.

La línea de asegurar la coalición gobernante, a costa de limitar las reformas, se tradujo en la renuncia a la reforma agraria, y también en la persistencia de la desigualdad social, lo mismo que en la obturación del ascenso y movilidad sociales.

El resultado no fue otro que la extensión de la “frontera agrícola” en los territorios nacionales y en los baldíos. De ello resultó, por cierto, la colonización interna y, en definitiva, la reproducción de la fragmentación social y el mantenimiento de la pobreza. Fueron fenómenos que alimentaron y extendieron el conflicto armado interno, uno de cuyos protagonistas —pero no el único— fue siempre la guerrilla de las Farc, la cual creció junto con la colonización y participó desde los años ochenta del siglo pasado en la disputa por los recursos pro-

venientes de los cultivos ilícitos. De ahí fue de donde usufructuó condiciones favorables a su financiamiento, a su implantación territorial y a la extensión de sus frentes de combate.

En 1984, una vez rota la primera tentativa de paz, las Farc experimentaron un crecimiento considerable de carácter bélico, territorial y humano. De esa manera crecieron hasta el 2002, época del Caguán. Después, en tiempos del Plan Colombia y de la Seguridad Democrática, sufrieron un retroceso, a la vez táctico y estratégico, del que solo comenzaron a recuperarse en el 2008, curiosamente luego de que el Ejército les matara en un bombardeo a Raúl Reyes, uno de sus comandantes más importantes. Fue una recuperación que comenzó aun antes de que el Gobierno y las Fuerzas Armadas liquidaran a su ideólogo y jefe máximo, Alfonso Cano, quien paradójicamente ya había trazado la orientación de que la guerrilla, bajo su mando, iniciara los contactos con el Gobierno del nuevo presidente Santos, con miras a una negociación, esta vez para poner efectivamente punto final a ese enfrentamiento interno que venía desde las candelas de la Guerra Fría.

Una negociación que prosperó

A diferencia de lo sucedido en el pasado, en las negociaciones emprendidas entre el gobierno de Santos y las Farc hubo el diseño de una agenda más o menos delimitada, que incluía unos seis puntos con alcances razonables; además, hubo un mayor control del poder civil sobre las Fuerzas Militares, las cuales fueron vinculadas directamente a la mesa de conversaciones. Además, las partes acogieron una estrategia mixta de negociación, en relación con el campo de batalla, que corregía dos errores, a saber: el de conceder una zona de despeje sin avances en la negociación y el de proceder a un cese al fuego, rodeado de la más grande desconfianza mutua.

Desde luego, la forma de negociar contaba con un marco nuevo, en lo que respecta a la voluntad para llegar a un acuerdo; una voluntad de las partes que naturalmente se afianzó con los progresos que experimentaba la *mesa* y que alimentaban la confianza recíproca y el ánimo *cooperativo* entre los enemigos; aunque también sobrevinieran momentos críticos que debilitaron la confianza y pusieron en peligro la existencia misma de la “mesa”.

El marco para dicha colaboración entre los enemigos y, en general, para la voluntad de negociación, seguramente, estuvo condicionado por la concurrencia en el terreno de la guerra de una correlación de fuerzas que empujaba a los actores enfrentados a contemplar de cerca la posibilidad de una resolución política del conflicto armado, más allá de la mera solución militar.

El retroceso de las Farc, como resultado de la ofensiva del Estado entre el 2003 y el 2008, rompió para esta guerrilla el encanto de su crecimiento exponencial y

diluyó el horizonte de una nueva fase estratégica para pasar a la *guerra de posiciones*, pensando en rodear algunas ciudades o en liberar zonas considerables. Fueron razones todas ellas, por las cuales la conquista del poder en términos militares se alejó definitivamente.

En sentido contrario, su recuperación táctica y militar después del 2008, su regreso defensivo a la “guerra de guerrillas” y su renovada capacidad de hostilización mediante múltiples ataques puso de presente un horizonte de prolongación del conflicto y de la acción militar del Estado, el cual ya no tendría a su alcance la derrota total de los insurgentes, un poderoso motivo para hacer el cálculo estratégico de que a pesar de que el Estado siguiera obteniendo victorias, comenzaría a inscribirlas en una línea de “ganancias decrecientes”, ante la imposibilidad de una derrota de la guerrilla en el corto plazo, e incluso en el mediano.

Así, la guerrilla no podría avanzar en la escala estratégica, pero sí recuperarse en el nivel táctico. A su turno, el Estado continuaría con su ventaja estratégica, pero en lo táctico enfrentaría el aplazamiento de una victoria total. Las condiciones para una negociación se abrían entonces, pero, eso sí, ya no con una guerrilla en situación de ascenso militar, como había sido el caso en el Caguán, a finales de siglo. Por tales circunstancias y por el hecho de que los actores del conflicto hicieron paulatinamente conciencia de tales horizontes mutuos, resultaba para ellos una perspectiva racional y razonable el ensayo de la negociación, como forma de resolución de la guerra.

En efecto, la negociación entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc contó con una adecuada fase exploratoria, que desembocó en el diseño de una *agenda*, la que además de explicitar la voluntad de ambas partes en el sentido de darle cierre al conflicto armado, plasmó unos *puntos* para resolver, todos ellos pertinentes, que establecían los límites dentro de los cuales se desenvolverían las conversaciones.

En dicha agenda —motivo de un acuerdo previo— las partes consagraban, por un lado, temas de *contenido*, aquellos que implicarían transformaciones sociales; por otro, temas *procedimentales*, los que impulsan el proceso para resolver la justicia aplicada a los insurgentes, el abandono por estos de las armas y su inserción a la vida civil, junto con su transformación en partido político.

De más está poner de relieve el hecho de que ambos conjuntos de puntos, los de contenido y los de procedimiento, suponían concesiones mutuas y acuerdos formales. Los de contenido incluían la transformación en las relaciones sociales y políticas, que tuvieran que ver con los factores objetivos, probablemente generadores de la guerra y de sus razones ideológicas y culturales. Lo eran el tema agrario, con sus estructuras de concentración en la propiedad de la tierra; así mismo, el de los cultivos ilícitos y su vinculación con el narcotráfico, y lo era